

vacío de la rampa giratoria, que no pone nunca á la vista nada sólido, ni siquiera un jirón de lona á que agarrarse, la escalera resbaladiza se hace terrible. Es ya un alivio llegar á la segunda plataforma, desde la cual, á lo menos, la flotante lona parece una muralla contra el vértigo.

En fin, ya en la escalera amplia y cortada en ángulo recto, que conduce del primer piso á tierra firme, mi amigo X. y yo bajábamos á saltos, súbitamente libertados del miedo de tener miedo, de las ráfagas del viento que nos azotaran y del maldito vals que nos pusiera tristes y taciturnos. Desde abajo veíamos ahora á los burlones pintores colgados de un hilo, teñidos de rojo, y semejantes á cerezas pendientes de un árbol sin hojas.

Hacia exactamente hora y cuarto que habíamos comenzado nuestra ascensión.

Después se ha coronado la famosa torre con su linterna y adornado con un faro que de noche parece una piedra preciosa tricolor; se ha ceñido un doble cinturón en la primera y segunda plataforma, y otro, doble también, de luces de bengala, de luz fosforescente, y su grande ojo eléctrico pasea una mirada prodigiosa y verdaderamente deslumbradora á centenares de kilómetros.

Pero, sobre todo, se ha hecho más accesible á las piernás cosmopolitas y á las cabezas que temen al vértigo. El ascensor semejante á un enorme caracol trepa á lo largo de sus curvas aristas y sube á los visitantes á la primera plataforma, donde otro caracol más pequeño ó menos enorme, los desliza rápidamente por una pendiente hasta la segunda. Allí, un ascensor semejante á un globo cuadrado los arrebató en línea recta hacia el vértice de la torre.

Este último ascensor es doble, haciéndose contrapeso uno de los globos al otro, como las cubetas de un pozo, con la diferencia de que uno de ellos no sube nunca á todo lo alto, ni baja el otro á todo lo bajo; sino que á la mitad del camino se detienen y abrazan como buenos camaradas y cambian sus impresiones, quiero decir sus viajeros.

Y es de ver entrar por una puerta y salir por otra á estos buenos *turistas* desconocidos, que se asemejan físicamente y parecen hacer el papel de comparsas en una función digna de circo formando número ó multitud, con el chusco ardid de volver á pasar por el escenario después de haber desaparecido entre bastidores.

Yo he tomado por asalto estos ascensores, bien que se pueda subir por las escaleras hasta el segundo piso, los he tomado por asalto, oyendo las quejas y protestas y lamentaciones de las personas que tienen que hacer cola por espacio de tres cuartos de hora y á veces de una hora larga.

Pero ¿qué queréis? Suben 20.000 curiosos diarios á la dichosa torre, que bien merece el nombre de Babel, porque hay en ella tal confusión de lenguas que los intérpretes más jurados pierden allí su título. Paciencia y esperar, si miráis por vuestras piernás.

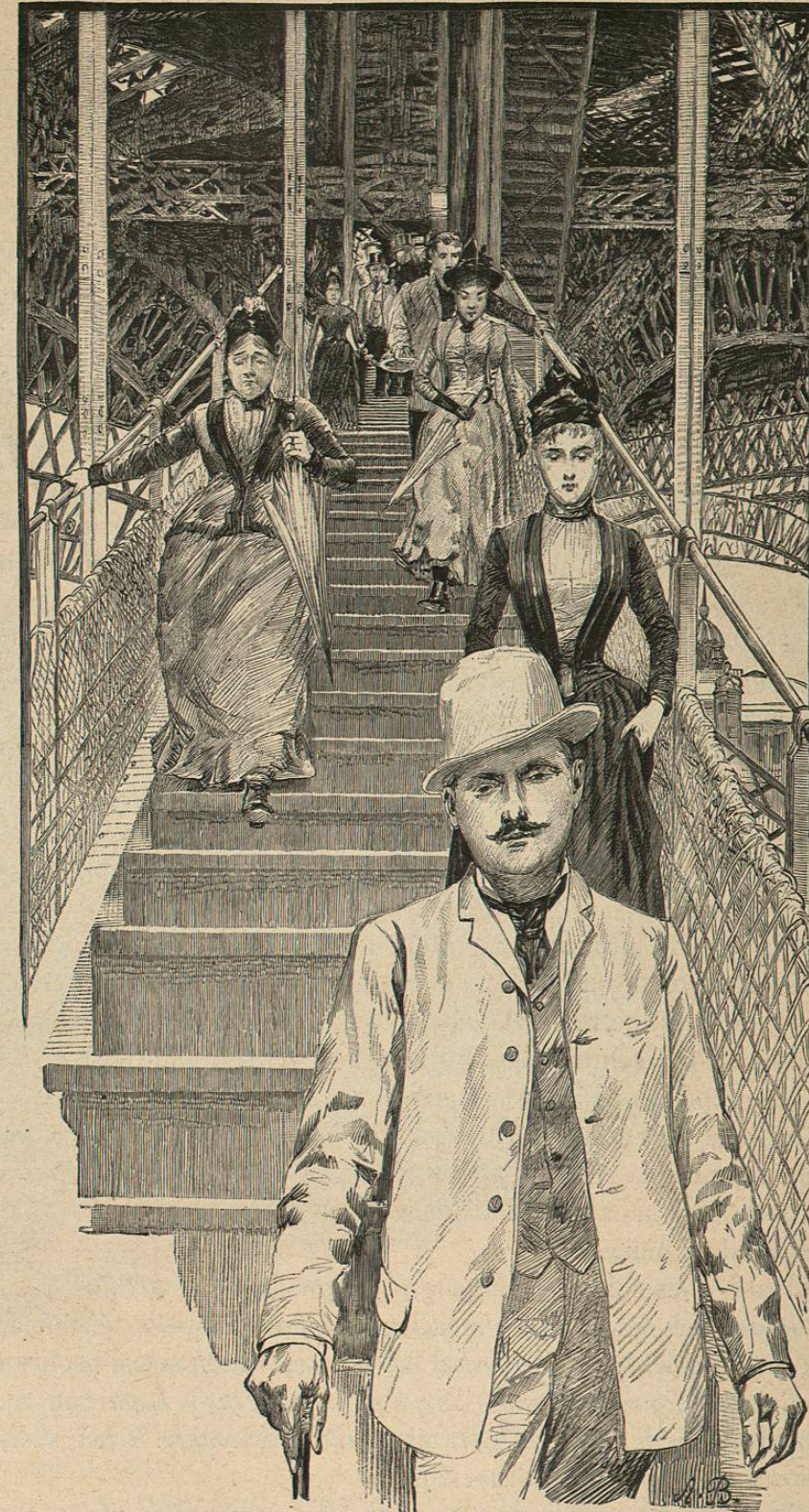
Ya estamos instalados. Una trompa ó trompeta, que bien pudiera ser cuerno, silba ó sopla, y desaferramos. Allá arriba, dos inmensas ruedas perdidas en los enredijos de la torre, se mueven con lentitud y gravedad gimiendo ó cantando *clac-clac*; las cuerdas se estiran y tiran, y otras ruedas relativamente pequeñas se mueven á su vez sin precipitación, con la misma lentitud y gravedad, y veis aquí como trepa el enorme caracol, en cuyo vientre vamos sentados, á menos que no sea en la cabeza, porque tiene dos pisos ó cavidades ó vísceras, ese monstruo de palo, que tiene por patas ruedas de hierro y gime como el bruto bajo la mano del empleado que lo doma.

Estamos ya en el primer piso, el país de comer y de beber con sus cuatro *restaurantes* ó fondas, la francesa, la anglo-americana, el *bar* holandés y el ruso. Cada construcción recuerda su título por su estilo: las cocinas están de abajo arriba, en las ramas de la torre, y por cierto que hace allí bastante calor.

Por aquí y por allá, entre las fondas y al lado de las estaciones de ascensores, andan vendedores de tabaco, alquiladores de gemelos, traficantes y traficantas de curiosidades, toda una calle de una ciudad de baños trasportada á la arboladura, á las cofas y gaviás de un velero que no tuviera velas.

Y la multitud va, viene, gira, hasta que por fin entra en las fondas, donde la deshuellan sin piedad. ¿Qué queréis? Cierta piratería es hasta cierto punto lícita en un velero sin velas, en un barco fantasma.

A esta altura, la vista, durante el día, no es más extraordinaria que la que se podría tener desde lo alto del Panteón; pero de noche, cuando las fuentes luminosas encienden sus acuáticas antorchas policromas, cuando por todas partes se ilumina París, se puede permanecer mucho tiempo en éxtasis ante el espectáculo fantástico y prodigioso de que no se cansa uno. Entonces se realiza la vida en sueño;



El descenso de la torre

olvidanse las guerras, próximas acaso, y los enojos presentes, como los niños olvidan su lección de recargo leyendo á *Cendrillon*.

Pero antes de disfrutar estas alegrías, en marcha para la segunda estación.

En el ascensor, un quidam que ha sabido deslizarse y ganar terreno en la cola, se instala perfectamente: el tal habla solo; es monologuista. En el momento en que la caja se pone en movimiento, exclama ingenuamente:

— ¡Pardiez! ¡La torre descende!

Hay algo de esto en la visión á través de los vidrios.

Los demás viajeros hablan de mejor gana de la posibilidad de un accidente. (¿Por qué? Lo ignoro.) Esto espanta á las mujeres, que no se mueven ya y guardan religioso silencio.

— Caballero, dice un burgués con acento resignado, si la cuerda se quebrara, hay un sistema que detendría la caída á dos ó tres metros del suelo.

— El recalón sería igualmente funesto, contesta el quidam.

Y sucede un silencio pavoroso.

A Dios gracias llegamos sin accidente á la segunda plataforma.

La vista desde aquí es magnífica. Los hombres hormiguan allá abajo y las cúpulas de los edificios parecen juguetes.

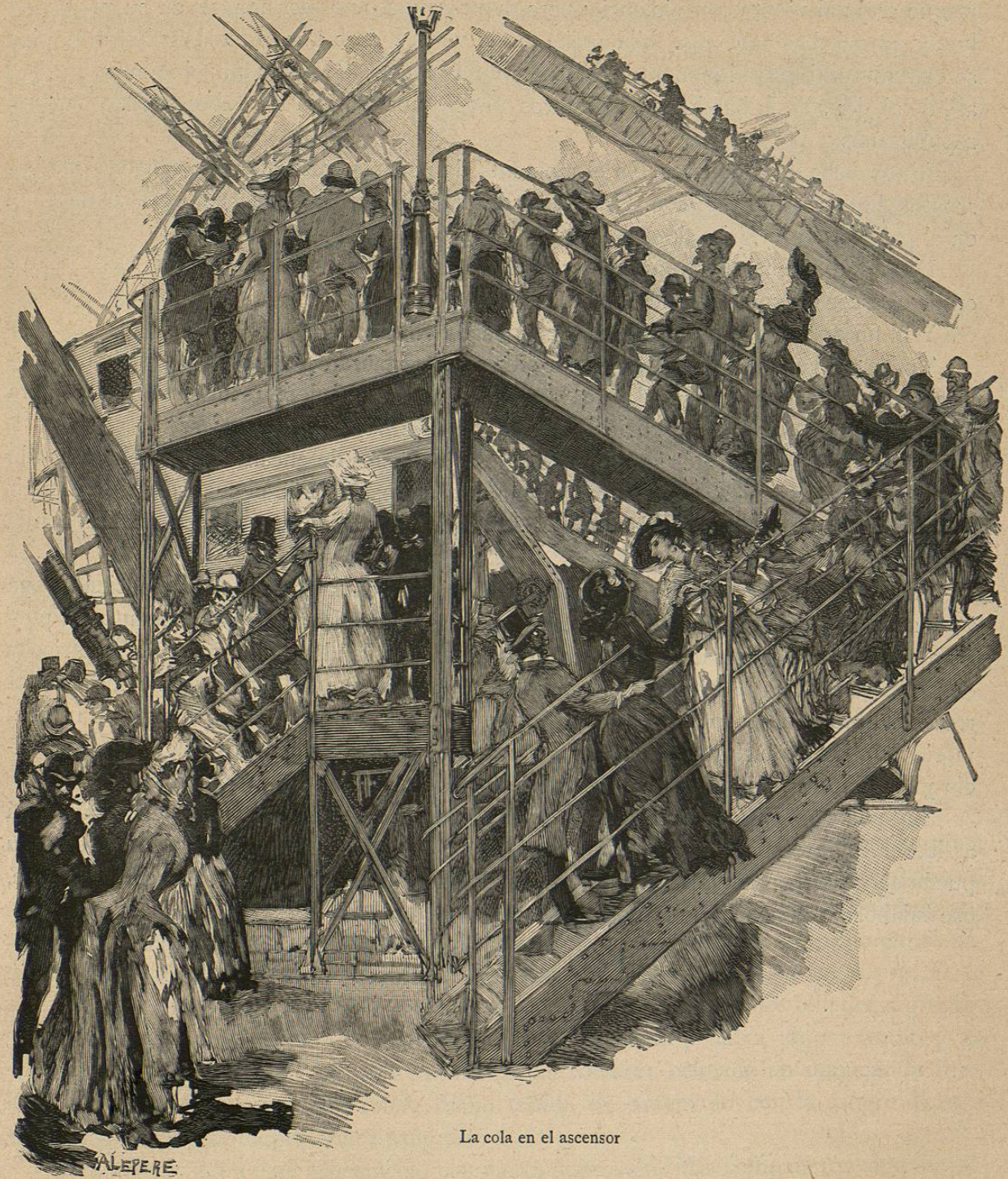
He aquí el *Figaro* de la torre con su maquinaria completa y también su oficina para las firmas ¡Oh! ¡Las firmas! Todavía las encontraremos más arriba. He aquí la panadería y la cantina. Ved la escalera prohibida al público: ha quedado desmantelada ó desnuda como antes, y muestra su fina rampa en espiral como una serpiente que se enrosca y huye al rededor de un gigantesco cocotero.

Al contrario, estando franca para el público la escalera que va de la primera á la segunda plataforma, está revestida de una fuerte lona embreada semejante á una coraza contra el vértigo.

Muy pronto alcanzo el camarote Edoux, el globo cuadrado, cambio de wagón á la mitad del camino, y á poco me encuentro en la tercera plataforma, en la galería de cristales, que apenas me recuerda la que ví una tarde de abril, combatida por todos los vientos. El inmenso horizonte se despliega, se recoge, se hunde y se levanta bajo los rayos del sol. Las personas de vista perspicaz y auxiliadas de catalejos descubren un bosque á 90 kilómetros de distancia y la catedral de Chartres. Yo más miope, me limito á ver levantarse el vapor por la parte de Suresnes oscureciendo el poniente y allá lejos, hacia Belleville, extenderse la oscuridad suavemente como una ligera aguada de tinta de China. París se enciende y humea.

Observo las columnas, las vigas y viguetas de esta Babel y están cuajadas de firmas ó nombres que se enlazan y mezclan. A cierta distancia se tomarían por arabescos. He aquí un *Halphen* y un *Tirard* al lado de una razón social escrita con tinta azul. Mas lejos, *Lord R. Churchill* (*junio 89*); á su lado, *Nini* y *León*, con un corazón pintado; aquí, en grandes letras rojas, *Morlet*; allá *Pauline la toquée*. Y así, sucesivamente, millarés de nombres conocidos ó desconocidos.

Está prohibido subir más arriba; pero siempre hay algún *jábrete*, *Sésamo!* He aquí pues una escalerilla de caracol. Una sala circular en que se abren cámaras, de las cuales una está reservada á M. Eiffel, y las otras son laboratorios. Estas cámaras dan á una azotea exterior en que se mueve el diminuto ferrocarril que pasea de noche los dos proyectores eléctricos. Allí se está á 280 metros del suelo, quedando aun por consiguien-
te 20 metros más de torre Eiffel.



La cola en el ascensor

Hay una segunda escalera en espiral y también un tubo por el que se sube al faro cuando el viento es demasiado fuerte.

He aquí la caja del faro. Y de buen grado cedería yo aquí la palabra á un documento científico oficial, si los términos técnicos, como cristales *dióptricos* y *catadióptricos*, tambor *dióptrico*, lámpara y arcos eléctricos y *carcéles* y *ampères* etc., no necesitaran la autoridad de todo un doctor hablando á un auditorio que no reclamara muy largas explicaciones.

¡Más arriba aún! Tomo entrada para el tubo, provisto de escaleras, y trepo como una ardilla, como un cacatúa, como un uistití, á la cúspide, estrecha galería junto á la bande-

ra que cruje al viento con violencia; pero que rasgada ó no, permanece en su puesto de honor, puesto bastante alto. Allá arriba, en el vértice de la torre, nada oscila, ni el piso se estremece ni más ni menos que un balcón del boulevard Haussmann: ningún ruido llega allí de abajo: sólo la bandera de 14 metros ondea mostrando á las nubes sus tres colores republicanos.

Ahora pues descendamos. En el momento de partir, parece que el ascensor tiene brujidos de darnos un recalcón. Una dama despavorida, despeinada, sin pensar más que en el peligro, da un grito de espanto.

De pronto, como si esto no bastara, un trueno horrísono estremece la torre y hace crujir el ascensor con verdadero sobresalto de todos.

Y al fin no era nada, ó sólo era el cañonazo de las seis.

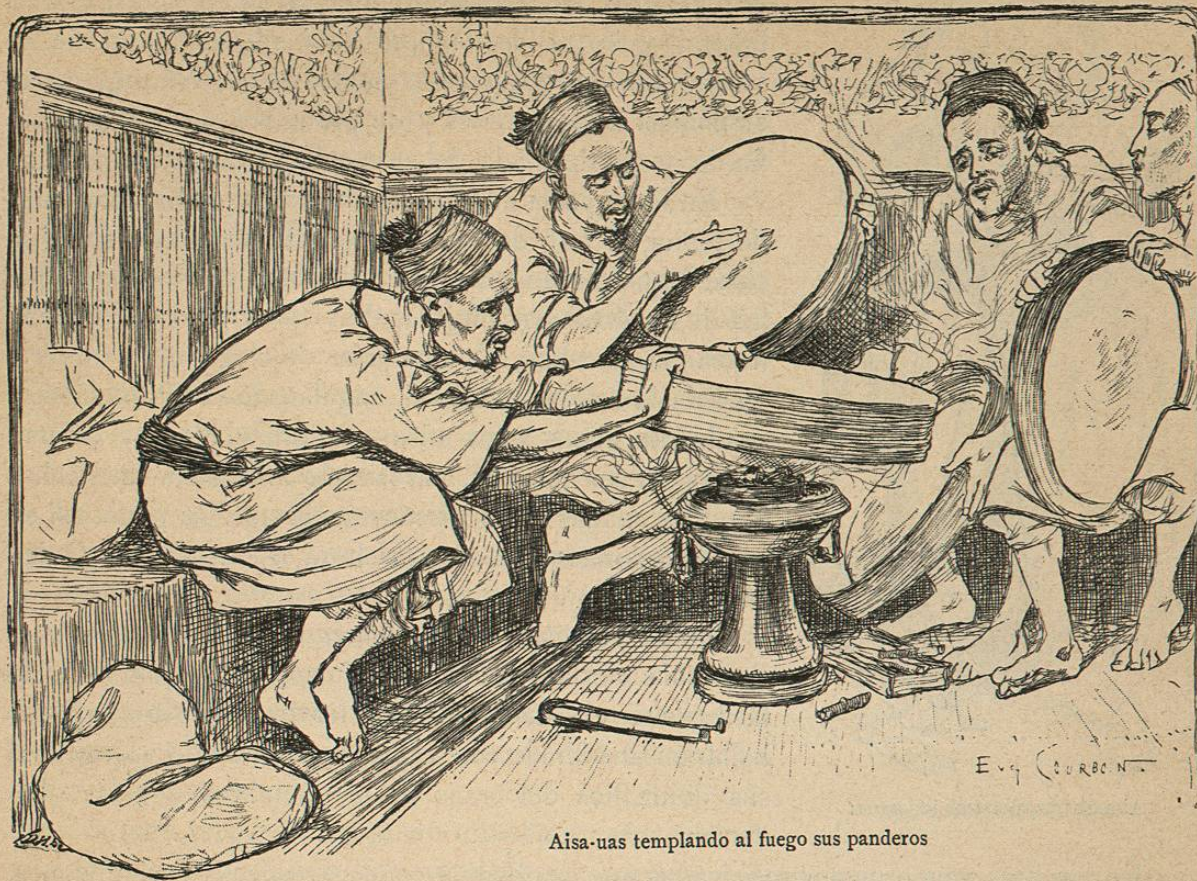
Todos se dan buena prisa en tomar sitio en el restaurant para estar á gusto en el momento del fantástico espectáculo de la noche, para el cual debe resucitarse una palabra mal aplicada en otro tiempo, diciendo de él que la *Europa nos lo envidia*.

Y los curiosos visitantes se retiran con los ojos llenos de encanto y con el deseo de volver á menudo á visitar ese extraño y maravilloso país, desde el cual se puede escupir sobre la humanidad de abajo, lo que, por lo demás, hacen ciertas personas reñidas con la urbanidad.

Pero bien que haya hecho yo muchas ascensiones en la torre de los trescientos, ya á las serenas y tibias horas de la siesta, ya al ocaso del sol que arroja un manto de púrpura sobre aquel encaje de hierro, ora de noche al resplandor del alumbrado eléctrico y de las luces de Bengala, ora durante una tempestad, en que la lluvia fuerte como una coorea nos azotaba al paso, todavía es mi primera ascensión la que yo prefiero en mi memoria aquella exquisita novedad de la sensación, entre los operarios colgados en el vacío y los pintores, colgados también y rojos como cerezas en un árbol sin hojas.

Sin embargo, si yo hubiera de estar preso, desearía vivamente estar encerrado allá arriba en la linterna de la torre. Es acaso el mejor lugar del mundo en que el espíritu puede cernerse con mayor libertad, y en que siente que rompe las puertas del horizonte, ese calabozo que nos sigue á todas partes.

EMILIO GOUDEAU.



Aisa-uas templando al fuego sus panderos

LOS AISA-UAS

La otra tarde, estando en casa de mi amigo el capitán L., decidimos de repente ir á ver á los aisa-uas al café argelino de la Explanada de los Inválidos. Cuando llegamos á cosa de las nueve, se formaba ya cola á la puerta del establecimiento, alumbrado por fanales cuadrados de vidrios rojos, que proyectaban un resplandor de incendio en las paredes y tapices de la entrada. Cerca del umbral, sentado á una estrecha mesa y cubierto con el clásico fez, había un empleado, que se cuidaba de despachar los billetes; á proporción iba acumulando delante de sí monedas de oro y plata, y había algo extraño y ya cruel en el aspecto de este hombre con cabeza de corsario, ocupado en manejar la reluciente moneda roja y aun se hubiera dicho teñida de antemano con la sangre de esos aisa-uas, que sin embargo, nunca sangran.

Yo, por mí, iba á este espectáculo con cierta aprensión. Mis compañeros, aun sin dimitirme el placer que tenían en espantarme, me habían hablado de recias agujas que penetraban en las carnes, de estómagos cortados con navajas de afeitarse, de globos oculares extraídos de su órbita á punta de cuchillo. Estaba yo, pues, un tanto nervioso, temiendo algo repugnante.

En cuanto pasamos el umbral, procuramos hender la multitud que se apiñaba en el interior, quien en pie, quien sentado, y acabamos por acomodarnos á la derecha cerca del estrado: sólo entonces tuvimos lugar y ocasión, mientras comenzaba el espectáculo, de examinar á nuestro gusto el aspecto de la sala y la fisonomía de la concurrencia.

Lo que desde luego me llamó la atención fué el excesivo número de mujeres que se